

VIDAS OSCURAS

Llegó el otoño al pueblito mientras se nos hacía tarde para hombres de provecho. Ninguno de los tres iba a conseguir nada. No teníamos más destino que la mediocridad y el olvido. Nadie creía en nosotros, y menos que nadie, Atanasio. Era el único de los tres que conservaba a su padre todavía. Y su padre le recordaba cuando menos dos veces al día, que no iba a llegar a nada ni en la vida ni en su alma.

Si. Fue muy triste aquél otoño. Muy triste y muy oscuro. Nadie se hubiera extrañado de toparse de buenas a primeras con la muerte a la vuelta de una esquina.

Cuando la tormenta monótona y agreste se alió aquella noche con la tristeza, a Facundo se le presentó en efecto la muerte en forma de rayo furibundo en la piedra angular de la iglesia. Se libró de ella seguramente por la intervención afortunada de un ángel de la guarda tardío que, al final, pasados los años, llegó a convertirse en el peor enemigo de los niños.

Mi madre no hacía más que espantarse de haber tenido un hijo como yo, Tomé, que posiblemente era el menos sórdido de los tres, con lo que tampoco podríamos decir que yo fuera alegre ni mucho menos. Andando el tiempo, llegué a darme cuenta que a todo lo más que yo podría llegar era a rozar las aristas cortantes de un humor que podría calificarse de ácido a fuer de ser sencillamente mediocre y a veces muy superficial y aún chusco y grosero.

En resumidas cuentas, que ninguno teníamos por donde cogernos antes de aquél día de mediados de diciembre de 1957. Y aún así los tres fuimos sede del milagro que alumbró la historia de la aldea con las primeras nieves del invierno y llenó de orgullo a los agricultores de aquellos lugares y aquellos tiempos. Más que el milagro en sí, lo verdaderamente asombroso fue que el prodigio se obrase en nosotros; seres tan vulgares y aún sin sal ni tomillo ni aliento suficiente.

El caso fue que una tarde de domingo que, como casi todos en aquella época, resultó ser aburrido y muy desapacible, a punto ya de dar cuenta de los primeros rigores invernales, alguien o algo lanzó un grito terrorífico y desgarrador desde la destartalada torre de la vieja iglesia; un grito único, casi inhumano y acuciante que nos pilló a los tres mirando al unísono fija y tristemente el fondo de la tierra.

Y nos asustamos mucho pues aquél ambiente tan sórdido y deprimente nos había hecho presa fácil de la cobardía y estábamos muy poco acostumbrados a aceptar cualquier sucedido novedoso o el más mínimo cambio. Lo que nos infundió más temor no fue el grito en sí sino el nervioso y estridente aleteo que lo siguió, un aleteo convulso como de ángel alcanzado por un cazador de espíritus que se debate moribundo en un suelo de cemento mal forjado.

Pero, aunque nunca lo hubiéramos ni siquiera podido intuir o entrever, los tres nos lanzamos a toda velocidad hacia la iglesia, configurando inusitados aspavientos y casi volteretas y volaeras con nuestros pesados cuerpos de catetos borrachuzos, a través de las empedradas callejuelas malolientes.

Y así llegamos sin resuello al pie de la torre: exhaustos y asustados, pero ciertamente sin duda alguna. Ya esto fue extrañamente inusual y hasta lo verdaderamente milagroso llegarían a decir nuestros peores detractores. Y al final de todo tuvimos que dejar paso a los mores de los nuevos tiempos y ceder nuestras vidas a una componente onírica que se instaló en nosotros para siempre.

¿Qué había ocurrido aquella sórdida tarde en la triste iglesia del aburrido pueblo? Nadie, fuera de nosotros tres, lo supo jamás. Nosotros sí lo supimos. Y muy bien y en profundo.

Todo ocurrió, dijeron las autoridades del pueblo, exactamente a la misma hora en la que un infarto masivo que iluminó todas las imágenes de los santos de papel o piedra y las copas de los árboles del parque se llevó la vida del padre de Nicasio mientras rezaba con los brazos en cruz en la capilla de mayor devoción de la iglesia. La hora en que el ángel guardián de Facundo se desvaneció debatiéndose en medio de un fogonazo que ahuyentó a las cigüeñas y los cuervos del campanario para siempre. El momento en el que, según dijeron, mi madre, animándose con un grito casi inhumano, acabó con sus pesadillas y decepciones arrojándose de cabeza al pozo del patio de hierbas húmedas de la iglesia.

Los descreídos no lo tuvieron tan claro y muchos sospecharon equivocadamente del degenerado cura y de su vana ambición por los dineros y las tierras. Pero, al principio, nadie se atrevió a decir nada. Y menos que nadie, nosotros que habíamos conquistado de golpe la libertad al unísono del grito iluminado y los aleteos angélicos de aquella tarde prodigiosa.

Lo que supimos poco más tarde nos fue revelado, y esto fue lo único verdaderamente milagroso, por seres imaginarios escapados de los excesos oníricos de los bufones pintados siglos antes por Velázquez que pueblan desde entonces las ermitas y aljibes de los pueblos y aldeas. Todos ellos nos visitaron a los tres durante el simulacro de entierro que, aún así, organizó el cura para tranquilizar un tanto su conciencia de iglesia y que puso en tierra a dos hermosas alimañas enterradas en cajas de pino muy bien terminadas por dos ebanistas venidos de la capital y un amasijo de plumas de palomo estrellado contra el tendido eléctrico.

El cementerio estaba abarrotado por creyentes, devotos y descreídos. Todos habían intuido un carácter milagroso o fraudulento a lo que había pasado y obligaron después al enterrador a desvelar la superchería que las cajas encerraban abriéndolas una vez ya devueltas a la superficie de la tierra. Nadie creyó tampoco que las plumas desenterradas fueran de ángel sino de palomo desnortado.

El cura tuvo que trasladar su oficina de falsedades a un lugar lejano, tan amenazado se sintió por todos. Fue sustituido por un mariquita calavera, jovencito y de rostro afilado y sombreado por una tupida barba azulada que se rasuraba al menos dos veces al día. Él sí que llegó a conocer la manera más eficaz de sacarle partido al suceso convirtiendo el extraño sucedido en atracción turística de mucho éxito que atrajo a miles a contemplar la representación del milagro que cada fin de semana se organizaba en la iglesia.

Y el milagro oficial de las iglesias del curita marinero sencillamente consistió en que nadie pudo encontrar los cadáveres de nuestros progenitores ni el rastro perfumado del huido ángel maltratado. Todos los devotos del pueblo estuvieron de acuerdo con el nuevo cura: mártires promovidos por las perversiones de sus hijos y protegidos, los desaparecidos ascendieron directamente a la gloria guiados por un ángel decepcionado que fue ya para siempre su compañero en los etéreos paisajes.

Pero el milagro verdadero fue sobre todo que los seres imaginarios escapados de los sueños de los bufones de Velázquez nos visitaron real y físicamente. Y que nos dijeron que nuestros progenitores habían acordado un fallecimiento aparente y fraudulento con el ángel el cual los trasladó, ya amancebados, a una isla sin nombre del Caribe. A cambio, el padre de mi amigo y mi madre, prometieron reclutar todos los niños que pudieran para alimentar los afanes pederastas desbocados del alado. Fue precisamente este vicio del bellissimo querubín el que hizo que, muchos años antes, los

mandos celestiales le prohibieran ejercer el oficio para el que fue inicialmente creado: ser ángel de la guarda, como ahora deberían haber hecho con el Papa y muchos prelados. Ya en el Caribe, el ángel se convirtió en el azote de los niños de azúcar, violentando el poder para el que fue creado en todas las islas aledañas.

Enseguida nos dimos cuenta de que el nuevo cura nos había robado la gloria del milagro que se había obrado en nosotros a través del arte de Velázquez, de la lascivia de nuestros padres y del sexo encontrado al fin en un ángel. Y no estuvimos dispuestos a consentirlo. El primer efecto que lo ocurrido produjo en nosotros fue convertirnos en descreídos de la iglesia y, así, no tuvimos reparo en desmontar públicamente el engaño del taimado tonsurado.

Después, una noche de borrachera inacabable, presentamos los seres imaginarios a todos nuestros convecinos que aún se podían tener en pie. Claro que muchos al recuperarse de la cogorza, días después, atribuyeron la aparición de aquellos extraños seres al resultado de un delirium tremens incipiente que, aunque demasiado vívido y real, hacía tiempo llevaban esperando. Ya contagiados por los aires de aquellos tiempos y, así, inasequibles al desaliento, invocamos de nuevo a los imaginarios durante un irrepetible momento en el que todos nuestros vecinos estaban sobrios. Quedaron convencidos y orgullosos de su pueblo y de toda la historia del arte de la patria. De esta forma se consolidó el milagro de los seres imaginarios de nuestra aldea, aunque nunca les contamos lo que había sucedido realmente con nuestros padres y el ángel pederasta.

Hora va siendo ya de que presentemos a estos seres imaginarios. En la corte de los Austrias, los bufones eran generalmente enanos o personajes con alguna deficiencia psíquica o física. Tenían la misión de entretener con sus bufonadas y juegos a los miembros de la realeza, principalmente a los pequeños infantes. El genio de Diego Velázquez plasmó en inmortales lienzos las figuras y psiques de varios bufones de la corte de los Austrias. Cuadros que, pictóricamente, son de un futuro que aún no ha llegado y que, cuando te quedas a solas con ellos, se convierten en verdaderos estudios psiquiátricos de seres que muestran en sus rictus y miradas el sufrimiento, la angustia y la estupidez o la discreción de sus casi puestos de manifiesto cerebros.

Pues bien, los seres imaginarios de esta historia son el producto materializado de los sueños más ocultos de cuatro de estos bufones de la corte en tiempos de Velázquez: Paco Lezcano, el oligofrénico vizcaíno más conocido como “El Niño de Vallecas”, aunque fuera enemigo de Cervantes

y Don Quijote, Juan Calabazas o Calabacillas, tal vez también conocido como “El Bobo de Coria”, Don Sebastián Morra, la lisiada y atormentada “Marioneta del pintor”, y Don Diego de Acedo, muy, muy enano pero nada de nada idiota ni bufón, según delata la inteligente mirada y los libros que maneja el así mismo denominado “Primo”.

Cada uno de estos bufones había materializado un ser imaginario conforme a sus sueños, penurias e íntimos anhelos. Así, la perturbada mente de Paco Lezcano creó al que él mismo bautizó como “Encinillas”, del que dijo que fue hombre tan celoso que acabó con la vida de su propia esposa por celos del gran Don Juan de la corte, el “Primo”, amor de todas las mujeres ya fueran de talla considerable o reducida. Enredado en la oligofrénica mente del “Niño de Vallecas”, “Encinillas” se auto-atribuyó un origen extremeño y fue considerado por el cretino como copropietario de él mismo junto a otro imbécil, el príncipe Baltasar Carlos. El “Niño de Vallecas” fue esclavo de Baltasar Carlos y del engendro de su propia mente hasta su temprano fin, dedicándole a ambos una fidelidad perruna. Una vez muerto Paco Lezcano, el enano “Encinillas” continuó su eterna vida imaginaria que llegó a materializarse en nosotros a los que relató la historia de sus tormentos y del horrible crimen de su esposa.

En los inciertos sueños del Calabacillas se pergeñó la figura asaz ridícula, larguirucha e irreal de un hermano que en realidad nunca tuvo el rey Felipe IV, imaginario y espectacularmente deforme, al que el mismo Calabazas sirvió como bufón, dio nombre y atribuyó hazañas en las guerras de Flandes y de los 30 años: el Cardenal-Infante Don Fernando. Apenas 30 años le duró el sueño al bufoncillo. Después se le extinguió aquél remedio creado por su menguado cerebro como contrapunto de su propia imagen en el espejo, para convencerse a sí mismo de que los había de peor aspecto y catadura todavía; y entonces se fue a servir al propio rey. Y tal como lo imaginó se lo hizo pintar al maestro y nos lo endilgó a nosotros. Era el más sombrío y lloricón de los seres imaginarios que nos visitaron durante el milagro y que ya no pudimos quitarnos de encima en el resto de nuestras vidas, siempre arruinándonos las veladas con historias de glorias e imperios, siempre inasequible al desaliento. Nosotros estábamos convencidos de que, pese a su carácter imaginario, la influencia de aquél cardenal-infante no solo se dejó sentir en nosotros sino que señoreó el pensamiento y las acciones de gran parte de nuestro siglo en España.

Por los vericuetos inusitados e inverosímiles del milagro, nos llegaron además unos ojos tan expresivos y tristes, tan negros y hermosos que los tres pensamos que aquellos eran los ojos de la España eterna. Al recibir un pescozón traicionero por la espalda del taimado príncipe Baltasar-Carlos,

se los había dejado incrustados en la cartulina azul del tiempo el triste enano hidrocefálico Don Sebastián Morra. Siempre silenciosos, aquellos ojos no tenían pies ni cabeza ni cara donde sustentarse, ni cuerpo alguno para perseguirnos, pero tenían los puños cerrados, amenazantes. Ojos cuya mirada ya nunca nos abandonó y eran muy sabios. Nunca se empañaron con lágrimas pero siempre nos hacían llorar; nunca se cerraron pero eran los ojos de un cadáver, aquellos ojos nuestros de finales de los cincuenta fueron para nosotros la más profunda tristeza y constituyeron toda nuestra sabiduría. Aún andan por ahí observando las interminables listas de la Falange Española y los rictus imperiales de los tribunales de justicia más altos de esta desgraciada patria nuestra.

Todos tuvimos que enterarnos: Don Diego de Acedo, el “Primo”, no fue un bufón de la corte, sino un funcionario imprescindible para los cortesanos que llegó a estar encargado de la estampilla con la firma real. Fue tan mujeriego y su poderío en la corte llegó a tanto que en su mente, lúcida para todo lo demás, se imaginó la locura de darse a sí mismo como la figura del Don Juan, entonces recientemente creada por Tirso de Molina, a la que él añadió la virtud del arrepentimiento y la característica de la extrema belleza, tal fue su locura y su ingenio. Y como tal, esta imagen creada por su mente se llegó hasta nosotros en el siglo XX, después de haber inspirado a tantos genios y plagiadores. Velázquez, incluyó entre los libros del bodegón de su pintura del enano, la obra inmortal de Tirso que su modelo no dejaba pasar un día sin leer. El ser del Don Juan que se llegó a nosotros era terco y altanero y, hasta extremos inverosímiles, burlador de mujeres. A tal punto llegaron su lujuria y villanía que casi llegó a convencernos a nosotros de la inferioridad de la hembra respecto al macho humanos, lo cual en aquellos años nuestros de juventud no era creencia tan extraña, todo hay que decirlo.

Sin embargo, el Don Juan de Diego Acedo tenía algo muy positivo de lo que nosotros nos servimos grandemente: su inmensa capacidad de análisis y, modulo sus mujeríos y misoginia, el amor por la verdades de la historia. Nos enseñó tanto sobre nosotros mismos que ya nunca pudimos vivir sin él. Luego, llegamos a enterarnos de que, traicionando a los Austrias, fue consejero de Borbones en asuntos de faldas y maledicencias palaciegas.

Seres estos todos imaginarios pero concedores de todas las verdades de un tiempo casi eterno y verdaderos creadores del milagro de nuestra aldea.